

TRANCE

GERARD OLIVER ANGLÉS

Universidad de Barcelona

La última pesadilla está siendo la peor. El pitido del monitor cardíaco irrumpie salvaje en la escena más turbadora del sueño para traerlo de vuelta a esa habitación. Oye abrirse la puerta, les oye entrar a toda prisa y rodear su lecho. Pese a tener los ojos cerrados, los reconoce a todos por el fragor de sus pasos. Se siente bien al saber que son los de siempre, los suyos, y no unos extraños. Escucha cómo la voz serena y firme del doctor dicta veloz un seguido de palabras técnicas e instrucciones complejas que, pese a que aún no comprende del todo, le resultan ya bien familiares. Siente como el antebrazo de esa joven enfermera tan simpática, con la que ha entablado una saludable amistad en las últimas semanas, le roza la mejilla por un momento. Y el simple contacto con esa piel suave le reconforta. El pitido sigue sonando, amenazante. Dos dedos que no consigue reconocer le separan durante un momento los párpados del ojo izquierdo, pero todo sigue oscuro. El doctor eleva el tono de voz y habla más deprisa, tanto que ya no puede entender nada de lo que dice. Percibe como crece el nerviosismo a su alrededor. Los dedos finos de la enfermera le desabrochan la camisa de dormir. Dos fríos desfibriladores aterrizan sobre su pecho desnudo y dejan ir la primera descarga. Ya está acostumbrado, pero siguen siendo molestas, más por la fuerte sacudida que por otra cosa. Normalmente funciona: el descarado pitido suele recuperar la normalidad a la segunda o tercera descarga. Esta vez, sin embargo, parece que no está teniendo efecto eso de "achicharrarle". Recuerda la de veces que ha bromeado con el doctor acerca de esa técnica, tan salvaje a su parecer, para devolver el pulso a los pacientes. Se siente afortunado por haber sido atendido por un equipo de profesionales tan agradable. Se ha topado con doctores muy malhumorados y enfermeras fastidiosas a lo largo de su vida. No está seguro de qué día es pero, en caso de que sea martes, ayer su amiga la enfermera tuvo una cita con el chico que le gusta. Recuerda todas las veces que se lo ha contado, nerviosa e ilusionada. Piensa que ojalá le haya ido genial, que esa muchacha bien merece todo lo bueno que le pueda suceder. La última descarga la siente vagamente, lejana. Comprende entonces que ese cuerpo sobre el que los desfibriladores acaban de descargar toda su furia ya ha dejado de pertenecerle. El murmullo a su alrededor comienza a desvanecerse hasta desaparecer por completo. Durante los instantes siguientes no oye nada más que ese pitido sentenciador, que parece regocijarse en su victoria. Cuando el pitido, por fin, se detiene en seco, el silencio más absoluto cae encima de él como una inmensa losa.

“¿Ya está? ¿Esto es todo?”

Permanece un tiempo indeterminado sin hacer nada, no sabe cuál es el siguiente paso, ni siquiera sabe si hay un siguiente paso. Quizás todo termina aquí. En ese caso, realmente no ha sido como se esperaba. Tal vez la muerte, como la vida, tenga también la facultad de sortear toda expectativa que quepa imaginar sobre ella. No está triste, al contrario, llevaba largo tiempo esperando el momento. Después de las miserias y la fatiga de la senectud, le apetece un cambio. Y su mente espesa necesita, sin duda, un largo respiro.

Un punto de luz blanca brota con timidez en la lejanía. Obviando que ahora ya no posee cuerpo alguno, comienza a bracear impetuosamente hacia esa semilla refulgente, cuyo tamaño va aumentando lenta pero ininterrumpidamente. De esto sí le habían hablado. La célebre luz al final del túnel: ahí encontrará su ansiado reposo. Mientras avanza hacia ella, recuerda todos aquellos rostros que en su momento debieron pasar por lo mismo que él. Recuerda a su madre, que expiró con la suma discreción que la caracterizaba, casi en secreto, sin querer molestar, como siempre vivió, sufriendo a escondidas, llorando sin lágrimas y gritando en silencio. Recuerda a su padre, que ni tan solo con la muerte fue capaz de relajar las severas facciones que endurecían su tez, esculpidas por años y años de decepciones y resentimientos con la vida. Piensa en aquellos amigos de la juventud, que incumplieron el pacto no escrito, que se fueron demasiado pronto y le dejaron solo. Y la recuerda a ella, que se marchó con la mirada ausente y la mente en tiempos lejanos, sin reconocer la voz compungida que le susurraba palabras de amor al oído. Se pregunta si se la va a encontrar al otro lado, si se acordará de él cuando lo vea aparecer, si la muerte le habrá devuelto la sonrisa que la vejez le arrebató. Si sintió miedo al verse perdida y sola en medio de tanta oscuridad.

Se encuentra tan cerca ya del objetivo que puede sentir en sus mejillas el agradable calor que la luz blanca desprende (sin importarle el detalle de que ahora carece de cuerpo y, por lo tanto, de mejillas). Mientras sigue avanzando, continúan viniéndole a la mente todas las personas que murieron antes que él. Ahora ya se trata de parientes lejanos, jefes y compañeros de la fábrica, vecinos de toda la vida o simplemente conocidos del barrio, toda esa gente sin demasiada importancia para él pero que, sin embargo, le fueron mostrando mediante sus sucesivas partidas el insalvable mapa del paso del tiempo. Y el ir recordando todas y cada una de estas personas, le hace revivir su vida entera. De esto también le habían hablado. Como impresos en una inacabable cinta de celuloide, todos los momentos vividos desfilan raudos (no sin cierta manipulación cinematográfica) ante los ojos de su mente, ofreciéndole la oportunidad de analizarlos con calma y perspectiva. Puede darse ahora cuenta de lo breve que fue en realidad la infancia, esa época en la que le pareció disfrutar de algo parecido a la eternidad, de un patio de aventuras en el que tiempo, ignorado por completo, no era

motivo de preocupación. No existía el ayer, tampoco el mañana. El salir de la niñez fue un duro despertar, abandonar esa sensación de infinitud para comprender la autoridad incuestionable del caer de las hojas del calendario, darse de bruces con algunas respuestas tan deseadas como temidas y ver crecer en su interior nuevas dudas incómodas. Y luego llegó el amor, las obsesiones y esos pensamientos prohibidos. Llegó también el peor miedo de todos, el que se convertiría en una cruel obsesión: el miedo a la pérdida, pues llegaron las pérdidas una tras otra para ya nunca dejarle en paz. Y cuando la conoció a ella y comprendió que la amaba más que a nada en el mundo, no pudo evitar lamentarse, sabedor de que algún día la iba a perder también.

Deja de bracear inmediatamente cuando comprende avergonzado que, pese a sus enormes esfuerzos por avanzar, no se ha movido ni un milímetro en la oscuridad. Ha sido la luz blanca, entiende, la que ha ido acercándose a él. La siente ya tan próxima que es como si pudiera besarla. Y a pesar de que ya no tiene labios para dar besos, lo hace. Mientras tanto, la película de su vida llega ya a la recta final. Le entristece observar como, uno tras otro, los errores cometidos durante la madurez fueron sembrando una vejez solitaria y triste. Pero no todo fue su culpa, también hubieron desgracias debidas únicamente a la mala fortuna. Eso le reconforta, le hace sentirse menos responsable. Se pregunta por qué la película le muestra tan detalladamente los últimos años de su vida si, además de ser los peores, son los que recuerda con más nitidez debido a su cercanía en el tiempo. No haría falta pues, revivir el largo sucumbir de ella, la ausencia de un hombro sobre el que llorar su marcha, las miradas indiferentes de sus hijos, como unos extraños, durante ese funeral mudo. Es redundante incidir en los largos atardeceres grises frente al televisor absurdo, o en el banco de la plaza escupiendo miradas de incomprensión a los jóvenes impertinentes. Se hace insoportable volver a contemplar las humillantes escenas de achaques, las noches en vela con la absurda esperanza de oír el canto del teléfono, las mañanas empapadas de nostalgia acariciando fotos desteñidas, las largas horas encarándose con rencor a ese viejo amargado y feo del espejo. Y llegan los últimos días en ese hospital, y la sensación de una pequeña tregua entre tanto dolor. Pues la amistad con la joven enfermera y el afable trato del doctor, volver a sentir ese calor humano que tanto necesitaba, actuaron como un bálsamo, un regalo de consolación que la vida le prestaba como despedida. Y las últimas noches, las últimas fiebres y esas pesadillas crueles. Y el pitido del monitor cardíaco, que pone punto y final a la proyección de ese film sin títulos de crédito. Y piensa que tampoco estuvo mal del todo, que un final triste no eclipsa las joyas de tiempos pasados, que mereció la pena todo aquello. Pero está cansado. Ahora tiene ganas de desaparecer, de cruzar la dimensión de la conciencia y perderse en la nada. Una vida es más que suficiente para compensar la eternidad de la muerte. No ha estado mal, se repite, ni bien, pero eso ahora ya no importa.

La luz blanca lo ha atrapado y lo arropa con su delicado calor. Por fin ha llegado el momento de dejarse ir, de lanzarse sin pensar a los placeres de la inexistencia. Y qué

bien se está dentro de ese cálido fulgor, que lo ha envuelto ya por completo cuando comienza a perder, con sumo placer, la noción de todo.

“Ya está. Por fin se acabó”

Dos ojos entelados se entreabren con recelo, enfrentándose a la primera luz de la mañana. Se siente confuso y mareado. Algo ha ido mal. No está donde debiera estar. No, vuelve a encontrarse en una habitación de hospital, rodeado de nuevo por médicos y enfermeras, esta vez desconocidos. Mientras intenta comprender lo que ha sucedido advierte con terror como todo lo que fue durante su vida (esa vida que ahora siente lejana, como un sueño) va desvaneciéndose en su memoria a vertiginosa velocidad. Todos y cada uno de sus recuerdos echan a volar y se pierden más allá de las desgastadas paredes blancas. Pero él no se desvanece, no puede volar ni irse a ninguna parte. Él sigue ahí, lleno de una súbita y descarada vitalidad. Faltarán solo unos pocos segundos para que esa fuga de recuerdos le haya dejado la mente vacía, para que el contador de su memoria se ponga a cero. Abre su boca todo lo que puede. Quiere decirles a todos esos extraños que le miran con insoportable ternura que esto no ha salido bien. Que él debería estar ahora reposando en algún rincón de la inmensidad, que todo se había acabado ya. Que no es justo seguir ni un minuto más con este despropósito. Quiere preguntar indignado qué está pasando, dar muestras de su falta de comprensión. Quiere protestar antes de que se olvide de quién es y de cómo ha llegado hasta aquí. Explicarse. Pero ya es tarde para explicaciones. De esa boca diminuta no brota nada más que un largo e ininteligible llanto de recién nacido.